

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

---

EL MANUSCRITO  
DE  
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

---

Cuaderno 40 de ocho entregas

---

MADRID

---

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

L47  
2256

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

EL MANUSCRITO

# UNA MALDITA

de

ENRIQUE IVANZUELA

Traducción de

EL CERRAJERO

de

Clasificación de la obra

1910

EL CERRAJERO

Editorial

1910

—¿No es verdad, Daniel, que tú acatas las disposiciones del general Lostan?

—¡Señora!...—murmuró Daniel como luchando consigo mismo.

—Las acatas, Daniel; desobedecer á tu padre seria un acto de orgullo y de soberbia de que no es capaz tu generoso corazon.

Y como Daniel guardara silencio, Clotilde le dirigió una mirada suplicante, diciendo en voz baja:

—Es preciso que aceptes, hermano mio, si en algo aprecias mi felicidad y la paz de mi alma.

—Acepto, puesto que así lo deseais,—contestó Daniel despues de algunos instantes de vacilacion.

—¡Ah! bendito seas,—exclamó Clotilde.

—Gracias, hijo mio,—repuso la marquesa enjugándose los ojos.

Y luego, dirigiendo la palabra á su apoderado, añadió:

—Señor Jimenez, puede usted pasar con el señor notario al despacho del general. Santiago les acompañará á ustedes. Es preciso entregar un resguardo á este caballero, puesto que él entrega la fortuna que de mi esposo tenia en su poder. Mis hijos pensarán mañana con un poco de más calma y detenimiento qué empleo deben darle á su herencia. Probablemente seguirá el señor notario administrándola; pero es preciso que ellos decidan, y no se encuentran en este momento para ocuparse de intereses.

—Tanto la señora marquesa como estos jóvenes, me tendrán siempre que gusten á sus órdenes, creyéndome

muy honrado si llego á inspirarles la misma confianza que tuvo en mí el señor general' Loston.

Y el notario, saludando respetuosamente, salió de la habitacion acompañado del señor Jimenez y de Santiago.

Cuando la marquesa se quedó sola con Daniel y Clotilde, exhaló un grito que nació del fondo de su alma, y arrojándose en los brazos de los jóvenes, exclamó:

—Hijos míos, creo que hemos perdido al general para siempre; roguemos á Dios por él y cumplamos su última voluntad.

Y los tres, cayendo de rodillas, comenzaron á orar en voz baja.

## CAPÍTULO X

### Los planes de Julio de Monforte

La noche que Blanca de Monforte regresó de Horche, despues de abrazar á su madre y á su hermano, este, aprovechando un momento, la dijo en voz baja:

—Tengo que hablar contigo sin que nuestra madre se entere; es una cosa para mí de la mayor importancia: te espero en mi cuarto; cuando madre se duerma ven á verme.

Y efectivamente, á las once y media de la noche Blanca empujó con suavidad la puerta de la habitacion de Julio, y entró diciendo en voz baja:

—Madre duerme; vengo á que calmes la inquietud que tus palabras han causado á mi corazon.

—Pues bien; siéntate á mi lado y escucha... Comenzaré por decirte, hermana mia, que estoy firmemente resuelto á irme á Méjico.

—Madre me lo ha dicho, y me parece una verdadera locura.

—No es una locura; voy á probarte lo contrario. Tú sabes que amo á Clotilde con toda mi alma, que para mí no existirá felicidad en la tierra hasta el dia en que este amor sea correspondido.

—¿Y buscas la correspondencia alejándote de España, huyendo, por decirlo así, de la misma mujer que amas? Es verdaderamente extraño tu modo de pensar, Julio.

—Escúchame, Blanca; porque yo necesito de tu eficaz apoyo para convencer á nuestra madre; porque yo no partiré nunca sin su consentimiento, sin su beneplácito, y de este viaje depende indudablemente mi ventura, mi felicidad.

—Pues bien; habla, te escucho con el mayor interés.

—No deseo otra cosa. Tú lo sabes como yo: soy pobre, y mi dignidad no me permitiría aceptar hoy la mano de Clotilde sin sentir una gran humillacion; todo el mundo diria al verme unido con Clotilde, que era el interés y no el amor el que me habia hecho pensar en esa union. Necesito, pues, antes de decirla que la amo buscarme una fortuna, y esa fortuna está en Méjico, y voy por ella.

—¡Pobre hermano mio! ¿te crees tú que todos los que van á América se enriquecen? ¿crees tú que con solo pasar el Océano se encuentra una fortuna? ¡Ah! piensa un instante que muchos perdieron la vida ó regresaron enfermos á su patria, despues de correr locos

y desalentados bajo el ardiente sol de aquellos climas en busca de un puñado de oro que no encontraron nunca.

—Sí, eso ha sucedido á muchos, Blanca; pero yo voy á partir de España casi con la seguridad de enriquecerme, porque tengo un generoso y noble protector que me tiende su mano.

—¿Y quién es ese hombre?

—El duque de San Plácido.

—¡Ah! el duque de San Plácido,—repitió Blanca, escuchando con más interés á su hermano.

—Sí; ese hombre generoso, ese carácter noble y especial, que en vez de ofenderse al verse rechazado por tí, conociendo mi extremada delicadeza, se convierte en mi generoso protector. Porque has de saber, hermana mia, que yo no le he ocultado el amor que siento por Clotilde, y él, deseando que se realicen mis hermosos sueños, me ha dicho: «Pues bien; usted necesita crearse una fortuna para ofrecerla con su mano á Clotilde de Lostan; esa fortuna puede usted encontrarla en Méjico en casa de unos parientes míos, armadores de varios buques, y que llevan el negocio á medias conmigo. Yo le recomendaré á usted á ellos, y no dudo que con un poco de actividad y otro poco de inteligencia llegará usted á enriquecerse.»

—Sí, sí, todo eso lo creo muy posible, teniendo un protector como el duque de San Plácido. Pero ¿y si durante tu ausencia Clotilde se casa?

—¡Ah! hermana mia, esa es la única duda que me atormenta. El duque de San Plácido procura tranqui-

lizarme, pues dice que tiene la esperanza de que yo no le soy indiferente á Clotilde, y que él por su parte pondrá todos los medios que su inteligencia le aconseje para evitar lo que para mí seria una desgracia. Tú por tu parte, tambien puedes recordarle de vez en cuando al pobre Julio, diciéndole lo mucho que la amo, y Dios, que no olvida á los buenos, sabrá recompensar mis sacrificios.

Y como Blanca permaneciera melancólicamente con la cabeza inclinada sobre el pecho, Julio la preguntó:

—¿Por qué guardas silencio? ¿en qué piensas?

—Es que acaba de cruzar por mi mente una idea egoista, es que pienso en lo que será de mi madre si tú nos abandonas, que eres nuestro único sosten.

—Jamás me separaria de vuestro lado sin asegurar antes vuestra subsistencia,—repuso Julio.—Todo lo tengo previsto, y mensualmente se os entregarán dos mil reales de pension. Por otra parte, yo sé que muy en breve, tal vez antes de terminar el luto, Daniel pedirá tu mano.

—¡Ah! ¡quién sabe si ese es un hermoso sueño de mi vida que nunca ha de convertirse en realidad!—dijo Blanca.

—He hablado muy poco con Daniel; pero en las cortas palabras que hemos cambiado, me ha hecho grandes elogios de tí y he creído notar una gran simpatía hácia tu persona. Tienes además una gran protectora en Clotilde, y el corazon me dice que no está lejano el dia en que se cumplan todas tus aspiraciones,

en que se realicen todos tus hermosos pensamientos. Deja, pues, que yo corra también en pos de mis sueños de oro, y que cruce el anchuroso Océano con el pecho henchido de esperanza y amor.

—Pero, Dios mío, lo que me pides, Julio, es muy doloroso, y costará un mar de lágrimas á nuestra madre.

—Pero esas lágrimas, ese dolor que le causará mi ausencia, tendrá una gran recompensa el día en que me veas regresar de aquellos lejanos países con mi porvenir y el suyo asegurado. Te ruego, pues, hermana mía, que no desoigas mis súplicas y que unas tus ruegos á los míos para conveneer á nuestra madre.

—Me pides un gran sacrificio, porque yo no puedo resignarme á no verte. Siempre hemos vivido juntos, siempre nos hemos amado con ternura, siempre nos hemos comunicado nuestros dolores, nuestras alegrías, hasta el último de nuestros pensamientos. Piensa bien todo esto, hermano mío, y calcula el profundo dolor, la inmensa soledad que dejará en mi alma tu partida.

—Pues bien, hermana mía; ya que es preciso para que te decidas que te lo revele todo, oye lo que ignoras, y que indudablemente te decidirá á apoyar mi viaje.

Julio se detuvo, llevóse una mano al pecho, y después de exhalar un profundo suspiro, continuó de este modo:

—Además de la fortuna que codicio para ofrecerla con mi mano á Clotilde, hay otra poderosa razón que me obliga á partir.

—La grave entonacion con que me diriges la palabra me asusta, y sospecho que algun peligro nos amenaza. Habla por Dios, y no prolongues mi incertidumbre.

—Sí, dices bien; tal vez un gran peligro nos amenaza, y es preciso evitarlo. Escucha: tú no ignoras que Clotilde de Lostan ha mirado siempre con desprecio al perverso y cínico baron de Labra.

—Cien veces me ha dicho, que sólo la presencia de ese hombre le repugnaba.

—Pues bien; á pesar de esa repugnancia, el conde de la Fe habia logrado imponer al general Lostan que aceptara por su yerno á Ernesto, y tú sabes que Clotilde, obedeciendo las súplicas de su padre, se resignó á recibirle algunas noches, y aun se vió obligada á tratarle con una amabilidad que rechazaba su alma.

—Sí, sí; recuerdo todo eso. ¿Pero qué tiene que ver con tu viaje?...

—Escucha: el baron de Labra era un peligro para Clotilde, que amenazaba matar su felicidad; yo me propuse librarla de ese peligro, y lo conseguí.

—¿Cómo?

—Provocando al baron delante de una numerosa concurrencia, y obligándole á que se batiera conmigo á muerte.

—¡Dios mio!...—exclamó Blanca juntando las manos.

—La provocacion fué dura, sangrienta, y nos batimos.

—¿Y le has muerto?

—Todas las ventajas estaban de parte suya: él era diestro en las armas, tenía fama de duelista, y como agraviado podía elegir las que le diera la gana. Eligió la pistola. Yo nunca había cogido en mis manos un arma de fuego. El duque de San Plácido, mi padrino, me dió algunas lecciones, y salimos al campo. Dios sin duda quiso preservarme de una muerte, que todos los que presenciaron el lance creían segura, puesto que sa- lí ileso, hiriendo mortalmente á mi contrario.

—¿Pero ha muerto el baron?—preguntó con espanto Blanca.

—Segun la opinion de los médicos, la herida es tan grave que le costará la existencia. Mi permanencia, pues, en Madrid es un peligro para mi persona. Los desafíos están prohibidos y penados por el código, y aunque yo he cubierto todas las leyes del honor para batirme, aunque de nada puede acusarme la conciencia...

—Sí, sí, dices bien; veo un gran peligro para tí,—contestó asustada Blanca.—La justicia podría saber ese desgraciado lance, y entonces... ¡Oh! me da miedo de pensarlo.

Julio comprendió que era preciso aprovecharse de los temores de su hermana para convencerla á que se uniera á sus deseos de partida.

—Puesto que lo sabes todo, espero que mañana me ayudes á convencer á nuestra madre para que me deje partir. No olvides, pues, hermana mia, que yo me he batido con un hombre que no conoce la nobleza de corazon, que se halla herido luchando entre la vida y la

muerte, y que pudiera muy bien denunciarme como su matador á la justicia.

—Pero eso seria una infamia.

—¿Qué otra cosa debemos esperar que infamias del baron de Labra? Créeme, hermana mia; estoy más seguro lejos de Madrid, y es preciso que me ayudes á convencer á nuestra madre. Piensa un momento en el inmenso disgusto que le causaria si me viese encerrado en el Saladero por haber muerto á un hombre. Es preciso, por lo tanto, que ella ignore este desagradable acontecimiento. Es indispensable que yo parta.

Blanca, á pesar de todas las súplicas de su hermano, se resistia; le amaba tanto, que la idea de la separacion era para ella sumamente dolorosa; pero por fin Julio logró convencerla, y se separaron, ofreciéndole que al dia siguiente le ayudaria á convencer á su madre.

Cuando Julio se quedó solo, permaneció largo tiempo con los codos apoyados sobre la mesa y el rostro hundido en las palmas de las manos.

Tambien él sentia abandonar á Madrid, separarse de su madre y de su hermana, no ver á Clotilde durante su ausencia, cuya duracion no podia asegurar.

De vez en cuando, un angustioso suspiro se escapaba de su pecho, y murmuraba estas palabras en voz baja:

—¿Quién sabe si á mi regreso, si despues de mi larga ausencia, al arribar de nuevo á las playas españolas recibiré la noticia de muerte de que Clotilde es la esposa de otro hombre! ¿Quién sabe si todos los peligros que voy á arrostrar, si todas las lágrimas que

van á verter mi madre y mi hermana, no tendrán otra recompensa que la muerte de mi esperanza! Pero es preciso; debo partir, y partiré; mas antes sabrá Clotilde lo que la amo. Escribamos la carta de despedida.

Y Julio cogió la pluma, y comenzó á escribir una carta dirigida á Clotilde de Lostan.

## CAPÍTULO XI

---

### Despedida

A las once de la mañana del día siguiente, Julio de Monforte entraba en casa del duque de San Plácido.

El hermano de Blanca estaba más pálido que de costumbre. El duque al verle entrar le tendió una mano, y le dijo sonriéndose:

—Supongo que viene usted á almorzar conmigo.

—Ruego á usted, señor duque, me dispense si no acepto la invitacion.

—¿Ha almorzado usted ya?

—No, pero maldita la gana que tengo.

—¡Bah! el apetito, cuando uno es jóven, se le llama con facilidad. Beberemos una copita de Vermut, y verá usted cómo insensiblemente dispone usted el estómago para recibir el almuerzo.

—Mucho lo dudo, pues acabo de tener una escena de familia que me ha afectado bastante.

—Efectivamente, está usted un poco pálido. ¿Y qué ha sido ello?

—Una batalla,—contestó sonriéndose Julio,—que han librado tres corazones que siempre vivieron unidos; batalla que ha costado un mar de lágrimas á mi madre y á mi hermana; pero de la que afortunadamente he salido vencedor, pues me han otorgado el permiso para mi viaje á Méjico.

—¡Ah! vamos. Comprendo que habrá pasado usted un mal rato.

—Juro á usted, señor duque, que ha habido momentos en que, faltándome el valor para luchar, he tenido intenciones de desistir de mi empeño. Pero por fin, he tenido bastante fortaleza y he logrado convencerlas, aunque sé que mi ausencia les costará muchas lágrimas y muchos desvelos. Aquí me tiene usted, por consiguiente, dispuesto á partir en el primer correo.

—Entonces no tenemos que perder el tiempo. Esta misma noche partirá usted para Lisboa, de donde sale dentro de tres dias un vapor de la compañía inglesa con rumbo á las costas mejicanas.

—Partiré cuando usted disponga. Conozco que prolongar mi permanencia en Madrid seria aumentar la inquietud de mi madre. Así pues, saldremos de este mal paso lo más pronto posible. Las despedidas largas son enojosas.

—Pues bien; partirá usted esta noche.

—Sea esta noche.

- ¿Se ha despedido usted de Clotilde?
- No pienso hacer semejante cosa personalmente.
- ¡Cómo! ¿y se irá usted sin decirle adios?
- Se lo digo en una carta que la entregará mi hermana.
- ¿Teme usted ver á Clotilde antes de partir, temeroso de que le falten las fuerzas?
- ¿Para qué negarlo? La amo tanto, que una sola palabra, la menor de las súplicas, echaria por tierra todos mis planes y toda mi energía. He decidido, pues, no verla; pero la he escrito una carta en la que no la oculto nada, ni aun el amor que la profeso.
- ¡Ah! ¿una declaracion?
- Precisamente una declaracion en toda regla, á la que Clotilde no podrá contestarme, porque cuando lea mi carta me hallaré ausente de Madrid; pero me llevo la esperanza de que usted, que es mi leal amigo, y mi querida hermana, me dirán con el tiempo qué es lo que puedo esperar de Clotilde.
- Cuenta usted con mis buenos oficios cerca de la hija del general Lostan durante su ausencia.
- Al ausentarme de España, señor duque, confieso que me llevo una gran inquietud en el corazon: que Clotilde olvide mi nombre, y al regresar la encuentre casada.
- Pierda usted cuidado; deja usted aquí buenos amigos, que se lo recordarán con frecuencia.
- Sólo esa es mi esperanza.
- ¿Y ahora tiene usted inconveniente en almorzar conmigo?

—Haré lo que usted guste. Yo no puedo desobedecer los deseos de mi protector, del hombre generoso que tanto se interesa en mi felicidad.

—Entonces vamos al comedor.

Una vez sentados junto á la mesa, Julio, distraído con la amena conversacion del duque, que comenzó á hablarle de algunas particularidades de Méjico, olvidó por algunos momentos la profunda pena de su alma.

—Pues sí, querido amigo,—decia el duque;—no me cabe la menor duda de que allá en Méjico en casa de mis parientes, con un poco de actividad y otro poco de inteligencia, que á usted no faltan, logrará por fin crearse una bonita fortuna. Tienen mis queridos primos en explotacion dos minas de plata en la comarca de Riofrío, y no es difícil enriquecerse.

—Sin embargo, señor duque, para conseguir el objeto de mi viaje será preciso que pasen algunos años.

—No tantos como usted cree, amigo mio,—contestó el duque sonriéndose.—He recomendado á usted de una manera eficaz á mis primos, que son inmensamente ricos; no ricos como los de España, sino como los de América, que cuentan los millones por cientos, y que no hablan nunca de ochavos, sino de onzas. En aquellos países es proverbial la indolencia; se pasan la vida meciéndose en las hamacas, y admiran y recompensan á los hombres activos. Yo le aseguro á usted que será perfectamente recibido, y que le presentarán ocasiones para enriquecerse. Durante su ausencia no debe usted ocuparse de otra cosa que de hacer su fortuna, puesto que el dia que se haya realizado será el indicado para

regresar á España. Viva usted tranquilo; su familia en Madrid queda á mi cargo, y no ha de faltarle nada. Por otra parte, tengo entendido que no está muy lejos el día en que Daniel dé el dulce nombre de esposa al pié de los altares á su hermana de usted, Blanca.

Y como Julio se sonriera al oír estas palabras, el duque añadió:

—Lo sé todo por mi amiga Clotilde. Sé tambien que se ha enviado un arquitecto al pueblo de Horche con el objeto de que se hagan algunas innovaciones en la casita donde trascurrió la infancia de Daniel. Es un rasgo verdaderamente delicado el rodear de poesía aquel modesto nido, en donde con el tiempo es posible que vayan á cantar sus himnos de amor dos almas enamoradas.

—¡Plegue á Dios que se realicen los deseos de Clotilde!

—¿Y por qué no se han de realizar? Sólo temo que la esperanza que abraza esa encantadora jóven de volver á encontrar á su padre, no se vea satisfecha nunca.

—En verdad, que es bien extraña la desaparicion del general.

—Es un misterio que me preócupa bastante, porque no es un hombre el que se ha perdido, sino dos. ¿Quién sabe el paradero del conde de la Fe? Nadie.

—Sin embargo, hay un hombre que no debe ignorar nada.

—¿Quién?

—Santiago.

—¡Ah! es verdad, Santiago puede saberlo todo; era el hombre de confianza del general Lostan; pero si se le ha mandado que calle, guardará silencio y no dirá nada.

—¿Luego usted teme que el general haya muerto?

—No me explico de otro modo la lectura del testamento que ha tenido lugar en casa de la marquesa, y las cartas de despedida escritas por el general. Pero este acontecimiento podrá tal vez ayudar nuestros planes.

—No comprendo...

—Mientras Clotilde no tenga una completa seguridad de que ha perdido á su padre, no ha de estar su espíritu bastante tranquilo para ocuparse en galanteos. Yo por mi parte, mientras dure la ausencia de usted, alentaré las esperanzas de Clotilde, procurando que el nombre de Julio de Monforte no se borre de su memoria. Animo, pues, amigo mio, y no perdamos el tiempo.

—Sí, sí, estoy resuelto, y partiré esta misma noche,

Los dos amigos, durante el almuerzo, continuaron la conversacion en derredor del mismo tema.

El duque refirió ciertas particularidades del carácter de sus primos y del lejano país que iba á visitar.

A la una se separaron: Julio ofreció volver á reunirse con el duque de San Placido á las seis de la tarde.

—Vendré solo,—le dijo;—no quiero que mi familia me acompañe hasta la estacion; haré mi despedida en casa.

—Pero está usted resuelto á marcharse sin decirle adios á Clotilde.

—Sí, todo cuanto yo pudiera decirle de palabra se

lo digo en una carta, que mi hermana es la encargada de entregarla.

Y Julio levantándose se separó de su amigo, dirigiéndose rápidamente á su casa.

Aunque doña Amparo habia accedido á las súplicas de sus hijos consintiendo en el viaje, en sus ojos no se secaban las lágrimas; Julio la sorprendió llorando.

—¿A qué vienen esas lágrimas, cuando de este viaje que voy á emprender depende nuestra felicidad?

—La felicidad de una madre consiste, querido Julio, en tener siempre á su lado al hijo de sus entrañas, y tú vas á ausentarte de mi lado por muchos años; tal vez no volveré á verte más.

—Es una desgracia, madre mia, que usted se complazca en ver las cosas por la parte más sombría. Es preciso tener confianza en Dios, es preciso que no nos abandone la fe. ¿Pero dónde está mi hermana?

—Está en tu habitacion arreglando tu equipaje. Ella tiene más valor que yo.

Julio, con el pretexto de ayudar á su hermana, se separó de su madre, cuyas lágrimas le hacian daño.

Desistimos de describir el doloroso poema que tuvo lugar en aquella habitacion. ¿Quién es capaz de pintar con el verdadero colorido la dolorosa escena de una despedida?

Cuando sonó la hora de la partida, doña Amparo y Blanca se abrazaron á Julio, cubriendo su rostro de lágrimas y besos.

—¡Que Dios te acompañe, hijo mio, en tu arriesgada expedición!—exclamó doña Amparo.—¡Que Dios no te olvide, que no te abandone y que nos dé bastantes fuerzas para esperarte!

—Que nos escribas todos los correos, Julio, pues solo tus cartas aliviarán nuestra ansiedad.

—¡Adios, madre mia!—añadió Julio conmovido, depositando un cariñoso beso en la frente de doña Amparo.—¡Adios, Blanca de mi alma! ¡No me olvidéis en vuestras oraciones, y tened fe y confianza!

Y Julio, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se separó de aquellos brazos amorosos que le estrechaban, saliendo precipitadamente de la habitacion.

Cuando las dos mujeres se encontraron solas lanzaron un grito de dolor, abrazándose ambas como si necesitara la una del apoyo de la otra para no caerse.

—¡Dios mio, no le abandones,—exclamó la madre,—y dame á mí fuerza para esperarle!

Aquella misma noche, Julio de Monforte salió de Madrid en direccion á Lisboa, en donde debia embarcarse para Méjico.

## CAPÍTULO XII

### Declaracion

A pesar de la tristeza que la partida de Julio habia dejado en el corazon de Blanca, al llegar la hora acostumbra-  
da fué á ver á su amiga Clotilde.

Para aquellas dos jóvenes, era una necesidad verse todos los dias.

Clotilde, despues de besar á su amiga, la condujo hasta un sofá, y sentándose ambas en él, dijo:

—Tendria motivo para reprenderte. Hoy has tardado una hora más que de costumbre. Yo te esperaba esta tarde para que comieras con nosotros, y ya lo ves, son cerca de las nueve de la noche.

Blanca nada contestó á esta dulce reconvencion, pero sus ojos se llenaron de lágrimas y un profundo suspiro se escapó de su pecho.

—¿Por qué lloras? ¿por qué suspiras?—le preguntó Clotilde con tierno interés.

—Mi madre y yo hemos llorado hoy mucho.

—Pues bien; yo tengo derecho á saber la causa de esas lágrimas.

—¡Oh, sí! tú tienes derecho á saberlo todo, y yo no te ocultaré nada, aunque temo que me reprendas con justa razon por no haberte revelado antes lo que voy á decirte ahora.

Y como los sollozos ahogaban la voz de Blanca, Clotilde añadió:

—Pues bien; tranquilízate y habla.

—¡Tranquilizarme! eso es bastante difícil. Figurate que mi hermano...

Blanca volvió á detenerse; tenia una gran necesidad de llorar.

Durante todo aquel dia habia procurado mantenerse serena para tranquilizar á su madre; pero entonces, sola con Clotilde, daba rienda suelta á sus lágrimas y á sus sollozos.

—Pero, Dios mio, ¿qué es lo que te pasa?—exclamó Clotilde con un verdadero interés.

—Sí, sí; voy á decirtelo todo, tú no debes ignorar nada.

Y Blanca, enjugándose las lágrimas, añadió:

—Se trata de mi hermano, de mi pobre Julio, que tanto te ama y á quien tanto has protegido. El no sabia cómo demostrarte la inmensa gratitud que para tí guardaba su alma, y comprendiendo que el baron de Labra, á quien te iban á imponer como esposo, te cau-

saba gran repugnancia, le buscó y le propuso un desafío á muerte.

—¡Dios mio! ¿y ha muerto tu hermano?

—¡Ah! no afortunadamente; mi hermano ha salido victorioso en ese lance.

—Entonces no comprendo...

—El baron de Labra, gravemente herido, lucha en estos momentos entre la vida y la muerte.

—¿Y qué nos importa á nosotras ese hombre despreciable?

—Nada absolutamente; lo sé, Clotilde; pero mi hermano, despues de arriesgar su vida por salvarte de un hombre aborrecido, aconsejado segun parece por su delicadeza y por su leal y noble amigo el duque de San Plácido, ha abandonado á Madrid, y á estas horas se dirige á Lisboa, en cuyo puerto se embarcará para Méjico.

—¡Para Méjico! ¡Pero eso es una locura!

—Una locura de la que no han podido persuadirle ni nuestras lágrimas ni nuestras súplicas.

—¿Por qué no me has dicho antes que Julio proyectaba ese viaje?

—Porque él me prohibió que te revelara nada, temeroso sin duda de que tus súplicas influyesen de tal manera en su ánimo, que le hicieran desistir de su viaje.

Clotilde se quedó por un instante pensativa.

—No comprendo, la verdad, por qué Julio ha emprendido ese viaje.

—Yo te lo explicaré todo, Clotilde, todo, porque en

la conducta de mi hermano hay un fondo de nobleza que le enaltece. Mi hermano es pobre, te ama con toda su alma; pero el secreto de su amor ha permanecido sepultado en su corazón, porque su extremada delicadeza le prohibía que asomase á sus labios. Protegido por el duque de San Plácido se dirige á América, en donde espera hacer alguna fortuna, y entonces, si aún eres libre, volverá á España á ofrecértela con su corazón. Hé aquí la carta que para tí me ha entregado, carta de despedida y en la que su alma se dirige á la tuya; léela, pues, Clotilde, y perdona el atrevimiento de mi pobre y buen hermano.

Blanca entregó una carta á Clotilde, y esta, rompiendo el sobre, se puso á leer para sí lo que sigue:

«A la señorita doña Clotilde de Lostan.

»Mi mano tiembla, mi espíritu vacila, y el temor oprime mi corazón. ¿Con qué derecho escribo esta carta?... ¡Yo, que debo á usted la vida de mi madre y de mi hermana, pago tantos beneficios, demuestro mi gratitud con un rasgo de atrevimiento incalificable! Y usted, señorita, tendrá motivo despues de leer esta carta para despreciarme.

»Ruego á usted por lo que más ame en el mundo, que no juzgue mi conducta antes de oirme. Voy á revelarle el secreto de mi alma, á confiarle todos mis planes, todos mis hermosos sueños de color de rosa.

»Yo amo á usted desde aquel instante en que, como el ángel de salvacion, tendió usted á mi familia una mano bienhechora; desde aquel día en que sus palabras de consuelo derramaron la hermosa luz de la es-

peranza en las tristes tinieblas de nuestras almas. Ante la sociedad egoísta, metalizada y corrompida, el amor que siente un hombre pobre por una mujer rica no tiene explicación decente para el primero. Todos dirían: «Julio ama á Clotilde de Lostan, porque Clotilde de Lostan lleva con su mano un gran dote.» Pues bien; este dote que causaría la codicia de muchos, es mi verdadera desesperación. Si Clotilde de Lostan fuera pobre como yo, desde el primer día que la conocí la hubiese dicho: «te amo.» Siendo rica, hice ante su fortuna el sacrificio de mi amor, y hoy parto resueltamente para América, en donde con la protección de mi noble y generoso amigo el duque de San Plácido, espero asegurar mi porvenir y volver á España á ofrecerlo á usted, si es que á mi regreso tengo la inmensa fortuna de encontrarla libre como hoy.

»Pero si esto no sucede, porque ningún derecho tengo para exigir nada, y á mi vuelta usted es la esposa de otro, ni una reconvención asomará á mis labios; porque mis labios no podrán hacer otra cosa, mientras se muevan á impulsos del espíritu vital, que bendecir al ángel que salvó á mi madre de la miseria y á mí de la desesperación.

»Mucho he luchado conmigo mismo antes de consignar esta declaración sobre el papel; pero yo no podía emprender tan largo viaje sin excusarme con mi bondadosa bienhechora.

»Ahora sólo me resta pedirle á usted perdón por mi atrevimiento, y recomendarle á mi buena y querida hermana, rogándole al mismo tiempo que disculpe con

mi querido amigo Daniel mi ausencia, pues confieso que me ha faltado el valor para despedirme de él.

»Si los cálculos del duque de San Plácido y los míos no salen fallidos, dentro de cuatro años volveré á España con el porvenir de mi madre asegurado y dueño de una fortuna, que podrá excusar en parte mis aspiraciones á la mano de Clotilde de Lostan.

»JULIO DE MONFORTE.»

Clotilde, al terminar la lectura de la carta, se quedó algunos instantes pensativa.

Blanca continuaba llorando.

—Tu hermano no me conoce,—dijo Clotilde,—si juzga que yo he de quererle más cuando sea rico que hoy que es pobre. Ha hecho muy mal en abandonarnos, hoy que por todas partes nos cerca la tristeza. El hombre que, como él, arriesga su vida por librarme de otro hombre aborrecido, es bastante digno de mi aprecio y de mi consideracion; pero, en fin, el mal está hecho y ya no tiene remedio. Cuando recibas carta de tu hermano anunciando su llegada á Méjico, pondré en tu contestacion una postdata para reprenderle su conducta.

—Por Dios, Clotilde, no quiero que te muestres resentida con mi hermano. ¡Si supieras cuánto te ama!

—¿Y es una razon el amarme tanto para huir de mí?

—Su delicadeza, por lo ménos, le ha aconsejado ese viaje.

—¿Su delicadeza, ó su orgullo?

—No, no, su delicadeza. Julio nunca ha sido orgulloso.

—No quiero cuestionar contigo; tal vez tengas razón, pero estoy segura de que mi hermano Daniel afeará la conducta de su amigo Julio.

—En ese caso, yo espero que tú le disculpes.

—¡Huir de nosotros! ¡partir á alejados climas en busca de una fortuna, que tal vez no basten todos sus afanes y desvelos para realizar! ¡Podía haberle inspirado alguna confianza á Julio el interés que siempre me he tomado por tí, por tí á quien deseo hacerte mi hermana, logrando por fin que Daniel te dé el dulce nombre de esposo!

—Ni una palabra más, Clotilde; ni una palabra más,—exclamó Blanca, juntando las manos en ademán suplicante.—Tus reconvenciones me hacen mucho daño, porque yo no podré pagarte todo lo que te debo, ni aun derramando por tí la última gota de sangre que se encierra en mis venas. ¿Pero cómo hubiera podido decir mi hermano ante la faz del mundo que amaba á Clotilde de Lostan, sin que ese mundo le hubiera mirado con una sonrisa desdeñosa, calificando al mismo tiempo su amor de miserable especulación? Yo misma, tú lo sabes muy bien, he desechado las proposiciones del duque de San Plácido, de ese hombre generoso, tan rico como noble, porque amo á Daniel con toda mi alma, y hoy al saber que Daniel no es pobre como yo, estoy avergonzada de este amor que llena por completo mi sér.

—Haces mal, Blanca; porque tus hermosos sueños

están muy próximos á realizarse; porque Daniel, convencido de lo que vales, te ama tambien con todo su corazon. El dia de vuestra felicidad está cercano; un nido lleno de poesía y tranquilidad, perfumado con los purísimos aires de la montaña, os espera. ¡Dichosos vosotros que muy en breve, encerrados en ese poético nido, podreis dedicaros á cantar el gran poema del amor! ¡Pero cuándo llegará para mí ese dia codiciado? Tal vez nunca.

Y Clotilde, dejando caer la cabeza entre las manos, exhaló un profundo suspiro.

---

estas muy próximas á realizarse; porque Daniel, con-  
venido de lo que ves, te ama también con todo su  
corazón. El día de vuestra felicidad está cercano; un  
día lleno de poesía y tranquilidad, preguntando con los  
purpúras aires de la montaña, os espera. ¡Dichosa ve-  
nida que muy en breve, encerrados en ese poético ni-  
do, podréis dedicaros á cantar el gran poema del amor!  
¡Pero cuándo llegará para mí ese día codiciado? Tal vez  
nunca.

Y Clotilde, dejando caer la cabeza entre las manos,  
exhaló un profundo suspiro.

LIBRO TRECE



LA EMFERMERA DEL BARON





## CAPÍTULO PRIMERO

**El emisario**

Como sólo á Dios le es permitido estar en todas partes, los pobres mortales que no disfrutan de este privilegio se ven en el caso, como el autor del presente libro, de dejar á unos personajes para ocuparse de otros. Así pues, vamos á abandonar por unos momentos á Clotilde de Lohan y sus amigos, para ocuparnos del baron de Labra y sus allegados.

Nuestros lectores recordarán que en el capítulo del presente tomo titulado *La mujer que hace falta*, Ventura, el criado del baron de Labra, hizo comprender al millonario don Joaquin, que para asistir durante su delicada curacion á Ernesto seria preciso buscar una mujer que se tomara vivo interés en la curacion del enfermo.

Don Joaquin, convencido de las razones que alegaba aquel leal criado, le autorizó para entenderse con la

enfermera que le recomendaba, que no era otra que la bailarina Marieta.

Ventura, pues, con esta autorizacion y combinando la manera de sacar un gran partido de la bailarina y del millonario don Joaquin, se encaminó á casa de la primera diciéndose para su capote:

—Mi amo el baron de Labra ha recibido una herida de muerte. Segun la opinion facultativa, vivirá poco; sus dias están contados. Don Joaquin es un hombre que no tardará en cumplir sesenta años. Ocupado en hacerse rico, trascurió la primavera de su vida sin acordarse del amor; pero el amor, tarde ó temprano, llama siempre á las puertas del corazon del hombre. Marieta es una mujer encantadora, incitante; jamás ojos femeninos miraron de un modo tan provocativo, y quién sabe si las emociones que no sintió don Joaquin á los veinte años las sentirá á los sesenta. La cuestion es aproximarlos, y despues la naturaleza humana vendrá en mi ayuda. Si mis planes se realizan, es decir, si yo logro que don Joaquin se enamore de Marieta y le entregue con su corazon sus millones, yo creo que la bailarina no tendrá inconveniente en darme un tanto por ciento por el corretaje.

Y Ventura, acariciando en su mente estas ideas, llegó á casa de la bailarina.

Marieta se hallaba indolentemente tendida en un sofá, disfrutando de esa agradable temperatura que produce una bien alimentada chimenea y una mullida alfombra.

El dia era frio, desapacible; pero en el gabinete de

la bailarina se respiraba el tibio ambiente del verano.

— Cuando su doncella entró á anunciarle que el ayuda de cámara del baron de Labra deseaba hablarla, Marieta, sin hacer el menor movimiento, conservando su encantadora indolencia, su perezosa actitud, dijo:

— Que pase.

— Cuando Ventura entró en el gabinete de la bailarina, sus ojos se fijaron con codicia en el hermoso y provocativo rostro de aquella mujer.

— ¡Ah! ¿por fin vuelve usted á verme?— dijo Marieta.— Comenzaba á aburrirme. ¿Cómo sigue Ernesto?

— Bastante mal, señorita, bastante mal,— contestó Ventura suspirando.

— ¿Tan grave es la herida?

— No quiero ocultar á usted nada; la herida es de muerte.

— ¡Dios mio!— exclamó Marieta incorporándose sobresaltada.

— Esa es la opinion de los médicos.

— Los médicos suelen equivocarse muchas veces.

— Sí, cuando ignoran la verdadera causa de la prostracion de un enfermo; pero no cuando ven y tocan una herida cuyas consecuencias conocen.

— Será una verdadera desgracia que Ernesto muera.

— Muy grande, señorita.

— ¡Pero no podré yo verle?

— Precisamente vengo yo en busca de usted.

— ¿De mí?

—Sí, de usted; porque ya he convencido á don Joaquin, el tío del baron, de que el señorito Ernesto necesita una enfermera tierna y solícita que se coloque junto á su lecho para cuidarle.

—¿Y esa enfermera?..

—Lo será usted, si en ello no tiene inconveniente.

—¡Oh, ninguno! Vamos.

Y Marieta hizo un movimiento para levantarse del sofá.

—Un momento, señorita, —repuso Ventura, extendiendo la mano como para detenerla.

—¿Qué ocurre?

—Yo vengo en busca de usted para conducirla junto al lecho de mi desgraciado amo.

—Pues bien; vamos.

—Un poco de calma. El señorito Ernesto se halla, como he tenido el honor de decir á usted, gravemente enfermo; la herida que recibió le conducirá al sepulcro.

—¿Pero trata usted de desesperarme?

—No, lo que trato es de preparar á usted para que se disponga á recibir el gran disgusto que puede causarle su muerte, y al mismo tiempo para que medite bien su situacion. No quiero, por consiguiente, ocultarle nada. Usted es jóven y hermosa; tengo la completa seguridad de que don Joaquin, el tío de Ernesto, no podrá verla sin sentir por usted grandes simpatías; conviene, por lo tanto, que usted no olvide que don Joaquin es un soltero próximo á cumplir sesenta años, y que posee una fortuna de ciento treinta millones.

Y al pronunciar estas palabras, Ventura dirigió á la bailarina una sonrisa maliciosa.

—¡Ciento treinta millones!—repitió en voz baja Marieta.

—Ciento treinta millones, que pueden algun dia ser de usted.

—¿Mios? No comprendo...

—Si usted no se ofendiera, señorita, yo me permitiria hablar con alguna franqueza.

—Pues bien; hable usted como quiera, no me ofendo,—contestó la bailarina, á quien comenzaba á interesar la conversacion.

—Segun el fatal y terrible pronóstico de los médicos que se han encargado de la asistencia del baron de Labra, la herida que le tiene postrado en el lecho del dolor es incurable; podrá vivir un mes, dos; gracias á su juventud y á su naturaleza, alargará algunos dias más su existencia, pero su muerte es segura. Es por consiguiente indispensable que usted vaya apartando de su corazon todas las esperanzas de salvarle; pero al mismo tiempo sería muy ventajoso para usted que procurara ganarse poco á poco la voluntad de don Joaquin, lo cual no ha de serle difícil.

Ventura hizo una pausa como para estudiar el efecto que sus palabras causaban á la bailarina, y como esta guardara silencio, añadió:

—El amor duerme en el corazon de la criatura, y cuando no despierta en la hermosa primavera de la juventud, suele despertar en la vejez. Don Joaquin, ocupado por espacio de treinta años en hacerse rico, se olvi-

dó del amor, y usted puede, señorita, hacerle recordar que es preciso que pague el tributo de la naturaleza.

—¡Ah! creo que voy comprendiendo á usted. Adelante, amigo mio, adelante.

En los labios de Ventura brilló una sonrisa de satisfaccion, creyendo que habia encontrado la mujer que le hacia falta.

—Si usted, como no dudó,—añadió Ventura,—logra inspirar una pasion á don Joaquin de Fontan, habrá ganado una de sus más hermosas batallas, habrá logrado una de sus más provechosas conquistas. Si á mí me quedara la más remota esperanza de que el señorito Ernesto podia salvarse, le diria á usted: «Ame usted al baron y desprecie usted los ciento treinta millones de su tio;» pero desgraciadamente, el baron está amenazado de una muerte muy próxima, y usted, señorita, que conoce el mundo y no ignora que en él cada uno vale lo que tiene, creo que no cometerá la tontería de desperdiciar una ocasion que se le presenta de asegurar de un modo espléndido su porvenir.

—Tendré presentes los consejos de usted,—añadió Marieta con maliciosa entonacion;—pero ya que usted ha sido franco conmigo, me permitirá que yo lo sea á mi vez con usted.

—No deseo otra cosa, señorita.

—Pues bien; contésteme usted á esta pregunta: ¿por qué muestra usted tanto empeño en que yo me dedique á agradar, ó por mejor decir, á conquistar el corazon de don Joaquin de Fontan?

—El asunto es muy sencillo, señorita: porque yo,

conceptuándola á usted una persona agradecida, calculo que si mañana Marieta Duval llega á ser la esposa de don Joaquin de Labra, rico millonario, no podrá ménos de mostrar su agradecimiento á Ventura el ayuda de cámara, que está dispuesto á ayudarle en todo para que se realicen sus deseos, asegurando de un modo espléndido su porvenir.

—Vamos, sí, lo comprendo perfectamente,—repuso Marieta;—lo que usted me propone es una alianza.

—No aspiro á tanto, señorita.

—Es usted demasiado modesto.

—Comprendo que podré servir de algo, y espero que si se realizan nuestros planes usted no será ingrata con su humilde aliado.

—Veo que es usted un hombre precavido, y tendré presente sus consejos y sus servicios; pero todos nuestros planes, todas nuestras combinaciones podrian estrellarse ante la indiferencia de ese señor don Joaquin, á quien no conozco, y por consiguiente es prematuro y sin fundamento todo cuanto convengamos; usted dice que se me admite en la casa como enfermera de Ernesto. Vamos, pues, á cuidar al enfermo, y luego el tiempo y los acontecimientos decidirán lo demás.

Ventura comprendió que tenia que habérselas con una muchacha tan lista como despreocupada, y esto, en vez de trastornar sus planes, llenó de alegría su alma.

Marieta tiró del llamador de la campanilla.

—Tenga usted la bondad de esperarme un momen-

to,—dijo;—voy á ponerme un traje negro, que es el más apropiado para demostrar el dolor.

La bailarina desapareció por una puerta con su doncella, y Ventura se quedó solo algunos minutos.

—No sé por qué me dice el corazón que hemos de hacer la bailarina y yo buenos aliados, aunque será conveniente vivir muy alerta, porque estas mujeres aventureras suelen burlarse hasta de los más listos.

Un cuarto de hora despues, un coche de plaza conducia á Marieta y á Ventura al palacio de don Joaquin de Fontan.

## CAPÍTULO II

### Donde Marieta produce buen efecto

La mujer jóven y hermosa, la que rinde culto á la moda y á la coquetería, la que procura conservar el cútis ayudando con el arte á la naturaleza, su afan incesante se reduce á agradar.

No hay mujer que se ofenda por que la llamen hermosa, y las palabras que más dulcemente resuenan en sus oídos y en su corazon, son aquellas que pronuncian los hombres con apasionado acento.

Muchas veces suelen ser insensibles ante las súplicas amorosas; pero esta insensibilidad no es nunca hija del enojo.

Nada ofende tanto á una hermosa como la indiferencia de los hombres que la rodean. Agradar es su segunda naturaleza, la viva necesidad de su alma.

La educacion obliga á los hombres bien nacidos á ser galantes con las mujeres, y esta galantería, que mu-

chas veces suele ser hija de la urbanidad y de la buena forma, ha sido causa de la conquista de más de un corazón que se estaba bien lejos de conmové.

Marieta sabía á la perfección el arte de agradar. La vida de bastidores la había enseñado todo lo que una mujer hermosa debe hacer para verse solicitada.

Jamás se había peinado con más esmero que aquel día. Sin haberse decidido aún á conquistar el corazón del viejo millonario, obedeciendo al instinto natural de la mujer, deseaba causarle buen efecto.

Por otra parte, ¿qué perdía la brilarina con que don Joaquín se enamorara locamente de ella? Nada. Tiempo le quedaba después para aceptar ó rechazar aquel amor.

Cuando llegaron al palacio de don Joaquín, Ventura condujo á la bailarina hasta un gabinete, suplicándola que esperara un momento hasta que avisara al tío de Ernesto.

Marieta aprovechó aquellos momentos en que la dejaron sola para dirigir una mirada á un espejo y arreglar un poco los hermosos bucles de sus cabellos negros. Sentía una natural ansiedad por conocer al tío de Ernesto, es decir, á un hombre poseedor de ciento treinta millones que no había amado nunca, y allí esperando dió vueltas en su imaginación á todo cuanto le había dicho Ventura.

Por fin se presentó el viejo millonario acompañado del ayuda de cámara de su sobrino, y se acercó á la bailarina saludando y sonriéndose al mismo tiempo.

Dispéñseme usted, señorita, si la he hecho esperar.

Ventura me ha dicho que usted accede á prestarme un gran servicio, es decir, á cuidar al pobre Ernesto, que se hallaba gravemente enfermo, y en verdad que no sé cómo demostrar á usted mi agradecimiento.

Marieta se llevó el pañuelo á los ojos como para enjugar una lágrima, y exhalando un melodioso suspiro, contestó:

—Bien sabe Dios, caballero, que yo daría la mitad de mi vida por salvar á Ernesto. Vengo, pues, dispuesta á colocarme junto á la cabecera de su lecho y á prestarle todos los servicios que estén á mi alcance.

—Pues entonces, nos hace usted un gran favor,—contestó con su proverbial franqueza don Joaquin.

—Cumpló con un deber de conciencia, caballero: la salud de Ernesto me inspira un gran interés.

—No lo dudo, hija mia, porque despues de todo, seria una lástima que mi pobre sobrino muriese. Ya ve usted, yo no tengo otro pariente ni otro heredero más que él, y la verdad es que en el corto tiempo que vivimos unidos ha logrado inspirarme un gran cariño.

Y don Joaquin, exhalando un suspiro, añadió:

—Ha sido una calaverada que puede traernos graves consecuencias, porque yo no debo ocultarle á usted que la herida de Ernesto es muy grave.

—Sí, sí, Ventura me lo ha dicho,—contestó Marieta enjugándose las lágrimas.

—Vamos, vamos, hija mia, un poco de valor, y basta de lágrimas; conviene que Ernesto la encuentre á usted serena, que no sospeche la gravedad de su mal.

—No tema usted, caballero; yo haré un esfuerzo para dominarme.

—Diantre de chico. ¿Quién le mandaba á él ir á buscar peticiones y darnos este gran disgusto?

—¡Ah! no, señor don Joaquín: Ernesto no tiene la culpa de lo que le sucede. El fué provocado de un modo grosero, y una persona bien nacida no debe sufrir que se la insulte.

—Tambien es verdad. Pero ¿qué interés tenia ese Julio de Monforte en buscar una peticion á mi sobrino?

—Usted, señor don Joaquín, que tiene más mundo y más experiencia que yo, y comprenderá que á un hombre á quien apenas se conoce no se le provoca, no se le insulta sin una causa. En este desafio debe haber algo que yo no puedo alcanzar.

—¿Quién sabe! tal vez tenga usted razon.

—Muchas veces,—añadió la bailarina dando á su acento una dulce entonacion,—me habia dicho Ernesto que tenia la seguridad de que Clotilde de Lostan no le amaba: yo entonces con las lágrimas en los ojos le decia: «Pues bien; si ella no te ama, ¿por qué te empeñas en llamarla tu esposa?»

—¿Y qué contestaba Ernesto?—preguntó don Joaquín, verdaderamente interesado en la conversacion.

—Me contestaba: «es un casamiento de conveniencia. Mi mano será de Clotilde de Lostan, pero tuyo mi corazon.»

Y la bailarina, fijando una mirada dulce, llena de ternura en don Joaquín, añadió:

—¿Qué podía hacer yo, pobre jóven desheredada, sino sufrir en silencio? Algunas veces tuve intencion de venir á esta casa, de arrojarme á los piés de usted, segundo padre de Ernesto, y pedirle que me protegiera; pero tuve miedo que usted me rechazara, y encerré mi dolor en el fondo de mi alma, resignándome con mi suerte.

Y la bailarina, como si en aquel momento los sollozos y las lágrimas ahogaran su voz, se cubrió el rostro con las manos, murmurando con acento entrecortado:

—¿Pero qué importa mi felicidad? Sálvese Ernesto, y sea en buena hora el esposo de Clotilde de Lostan, aunque me ahogue la pena, aunque me mate el dolor.

Don Joaquin estaba verdaderamente conmovido oyendo á aquella mujer, que parecia tener un corazon tan hermoso como su rostro.

—Vamos, hija mia,—dijo colocándole cariñosamente una mano sobre la espalda; aquí lo importante es que Ernesto se restablezca, y luego ya veremos lo que se hace.

Marieta, como si con aquellas palabras hubiera reanimado el viejo la muerta esperanza de su corazon, exhaló un suspiro, y cogiendo una de las manos de don Joaquin, la besó respetuosamente, diciendo:

—Ya me habia dicho Ventura que tenia usted un corazon de oro. Las palabras que acaba de pronunciar para tranquilizarme, así lo demuestran. Dios se apiadará de nosotros devolviendo la salud á Ernesto. Ahora, caballero, ruego á usted que me acompañe á la al-

coba del enfermo; pero quisiera tambien que le avisara usted mi llegada para prepararle.

—Vamos, pues.

Don Joaquin dió el brazo á Marieta, y se dirigieron, seguidos por Ventura, á la habitacion inmediata, donde se hallaba el enfermo.

Quedóse la bailarina en la sala, y entró el viejo millonario en la alcoba.

—¿Cómo te encuentras?—preguntó don Joaquin á su sobrino, poniéndole cariñosamente la mano sobre la frente.

—¿Lo sé yo por ventura?—contestó Ernesto.—La herida me molesta poco, pero me siento muy débil.

—Hombre, la debilidad es natural; has perdido mucha sangre.

—Sí, eso dicen los médicos,—contestó el baron, haciendo un movimiento significativo con los ojos.

—¡Bah! no tengas miedo. Esto todo se reduce á estarse un mes en la cama, y nada más.

—¿Quién sabe!

Y don Joaquin, cambiando de entonacion, añadió:

—Tengo que darte una buena noticia.

Ernesto miró á su tio sin comprender lo que queria decirle.

—Sí, una buena noticia; pues se nos ha entrado por las puertas lo que verdaderamente nos hacia falta; es decir, una enfermera cariñosa y desinteresada, que se siente junto á la cabecera de tu cama para cuidarte; porque, despues de todo, los hombres somos muy torpes para cuidar á los enfermos.

- ¿Y quién es esa enfermera?
- Una amiga tuya, que te quiere mucho.
- ¡Ah! sí, ya sé quién es. Marieta, ¿no es verdad?
- La misma.
- ¿Y cuándo vendrá á verme?
- Toma, ya ha venido.
- ¿Y por qué no entra?

En este momento, la bailarina, que habia escuchado tolo el diálogo, se presentó en la puerta de la alcoba.

Ernesto al verla le tendió una mano, diciendo:

—¡Ah! me alegro que te encargues de mi asistencia. Gracias, Marieta, gracias.

La bailarina estrechó aquella mano con ternura, y dijo:

—Sí, Ernesto, sí; vengo á cuidarte, á asistirte; aunque sea preciso romper mi escritura con el empresario del teatro Real, no me separaré de tu lado hasta que te halles restablecido. Dios tan sólo sabe el interés que me inspiras, las lágrimas que he derramado y lo que he sufrido desde que supe tu desgracia.

Y la bailarina, sentándose en una silla que se hallaba junto á la cama, inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho, y comenzó á llorar.

Don Joaquin, que habia salido de la alcoba, dijo en voz baja á Ventura:

—Dejémosles solos. Si se aman, ¡tendrán tantas cosas que decirse! Despues de todo, esa muchacha me ha interesado; debe tener un alma muy bella, y si Ernesto se salva, voy á ser su protector.

—¡Ah! señor don Joaquin, Marieta es un ángel, y se convencerá usted de ello despues de tratarla algun tiempo.

Y mientras Ventura pronunciaba en voz alta las palabras que acabamos de consignar, se decia interiormente con el mayor regocijo:

—La bailarina ha producido buen efecto. El primer paso ya está dado. Me parece que don Joaquin caerá en las redes, y haremos un negocio redondo.

### CAPÍTULO III

#### Una promesa

Marieta Duval había producido buen efecto. A las cuarenta y ocho horas de su permanencia en casa de don Joaquin, puede decirse que se había captado la voluntad del viejo, y como el hombre necesita muchas veces en la vida disculpar las rápidas simpatías que siente por una mujer á quien apenas conoce, el viejo millonario mantenía con el negro Zulma diálogos por el estilo:

—Verdaderamente, mi querido Zulma, hemos encontrado lo que nos hacia falta. Desde que ha puesto los piés en esta casa Marieta, mi pobre Ernesto se halla perfectamente asistido. Estoy persuadido de que la mujer es el alma del hogar.

—Sin embargo, hay mujeres muy malas, señor,—le contestaba el negro sonriéndose.

—¿Qué sabes tú?

—Sí, es verdad, señor, yo no sé nada más que fumar; pero he oído decir cosas muy malas de las mujeres, y por eso no he querido casarme nunca.

—También habrás oído decir cosas buenas.

—Pocas veces.

—Testarudo, ¿qué encuentras de malo en Marieta?

—Nada, señor, nada.

—Has visto con qué ternura, con qué cariño, con qué solicitud, pasa los días y las noches junto al lecho de mi sobrino, prodigándole todos los consuelos de que es susceptible una mujer cariñosa.

—¡Oh! sí, señor, lo he visto; pero...

—Desengáñate, Zulma, tú no eres voto en este asunto. Marieta es una muchacha encantadora; pero el necio soy yo, que me pongo á hablar contigo de cosas que no entiendes. Tú no sabes más que aculatar pipas.

—Me parece que el señor se va interesando mucho por la joven enfermera,—añadió el negro, enseñando sus blancos y grandes dientes á través de una sonrisa.

—Yo soy un hombre amante de la justicia, y me intereso por todo aquello que lo merece.

—Sin embargo, señor, muchas veces las apariencias engañan.

—Vamos á ver, terco, disputador, ¿qué motivo tienes tú para desconfiar de esa pobre muchacha?

—Ninguno, señor, ninguno.

—Entonces...

—Sólo que, como es mujer, no me fio mucho.

—Pues mira, Zulma, dispénsame que te diga que

los hombres que desconfían de las mujeres por rutina, son unos imbéciles.

Estas escenas siempre concluían mandando callar don Joaquin al desconfiado negro.

Entonces Zulma continuaba aculatando la pipa en el mayor silencio, persuadido de que su amo volvería á dirigirle la palabra muy en breve.

El negro tenía la seguridad de que su amo iría á buscarle, porque para don Joaquin era indispensable la conversacion y la compañía de Zulma.

. . . . .

Mientras tanto, Marieta no se apartaba de la alcoba de Ernesto.

Tierna, solícita, hacia todos los méritos de que es susceptible la delicadeza de una mujer para captarse las simpatías de Ernesto y del viejo millonario.

La bailarina habia comprendido su verdadera situacion en aquella casa.

—Si Ernesto se salva,—se habia dicho,—preciso será que se muestre agradecido conmigo; si muere, entonces seguiré los consejos de Ventura, y quién sabe lo que puede suceder. Dicen que don Joaquin no ha amado nunca; las pasiones amorosas á los sesenta años son terribles.

Marieta acariciaba estas y otras ideas en su mente, esperando el resultado de la comedia que comenzaba á representar.

Entremos ahora nosotros en la alcoba del enfermo, que acababa de despertar.

Los labios de Ernesto se entreabrieron para exhalar un suspiro, y fijando una mirada de gratitud en su hermosa enfermera, dijo:

—No puedes pensarte el bien que me causa verte á mi lado.

—De lo que yo me alegro mucho, Ernesto; porque he venido á asistirte, á serte útil durante tu penosa convalecencia.

—¡Convalecencia!—murmuró en voz baja Ernesto, moviendo dolorosamente la cabeza;—mi convalecencia tendrá un fin triste; pues yo no espero restablecerme de esta fatal herida.

—Te prohibo que digas esas cosas, que sólo sirven para entristecernos á los dos.

—Los médicos, para tranquilizarme, aseguran que no corre peligro mi vida.

—Y así es efectivamente.

—No, Marieta, no; yo estoy amenazado, ó por mejor decir, sentenciado á muerte.

—¿Quieres saber tú más que los hombres que han encanecido en la ciencia de curar? Tengamos confianza.

—Es que hoy más que nunca sentiría morirme.

Y cogiendo con ternura una de las manos de Marieta, añadió:

—Porque si me muero, no podré recompensarte como mereces.

—Yo no he venido aquí con la esperanza de una recompensa, sino para asistirte como pudiera hacerlo una hermana de la Caridad.

—Lo sé, Marieta, lo sé; te conozco hace mucho tiempo, y no ignoro que me amas con verdadero desinterés. Si Dios quiere curarme radicalmente, te ofrezco llamarte mi esposa.

—¡Oh! cuidado con lo que ofreces, Ernesto. Recuerda que estás comprometido con la hija del general Lostan.

—Clotilde no me ama. Si hubiera tenido alguna duda sobre ese punto, hubiera quedado ahora desvanecida, pues ni una sola vez ha mandado á enterarse de mi salud. ¿Qué mayor prueba para demostrarme que le soy indiferente?

—Sin embargo, no debes olvidar que ella es rica...

—¿Qué me importa su dote?

—Mientras que yo nada poseo.

—Tú posees lo que yo necesito: un corazón apasionado, que se conmueve y late al oír mi voz; un alma llena de ternura y de amor. Hé ahí el dote que yo ambiciono en una mujer.

—¡Ah! Ernesto, si fuera cierto lo que me dices.

—¿Dudas de las palabras de un hombre sentenciado á muerte? Eso es hacerme una gran ofensa.

—Perdona, Ernesto, perdona; pero es tan grande la alegría que siento al escucharte, que yo te ruego dispenses mis dudas.

—Yo las dispenso, porque conozco que son hijas del amor que me profesas.

¡Ah! si, te amo, Ernesto, te amo más que nunca. ¿Qué me importa á mí ser tu querida ó tu esposa? Lo que yo necesito, lo que yo ambiciono es tu amor, tu amor,

que llena por completo mi alma. Yo soy una pobre muchacha nacida entre bastidores, sin padre, sin familia; recorro el mundo rindiendo tributo al arte de la diosa Tersicore. Muchas veces, atraidos por mis gracias ó por mi hermosura, obedeciendo al deseo, á la vanidad, ó al amor, pues yo nunca me he tomado el trabajo de averiguarlo, he visto hombres inmensamente ricos arrodillados á mis piés ofreciéndome su fortuna y su mano, y yo, libre como la golondrina emigradora, he despreciado los ofrecimientos que aseguraban mi porvenir, y he continuado mi camino. Entonces creia que en el mundo no habia bastante dinero para pagar mi libertad y mi independencia; pero cuando te ví á tí por la primera vez; cuando te acercáste, y rindiendo tributo á mi hermosura, dijiste que me amabas, yo acepté tu amor y te amé tambien sin reserva, sin ocuparme de la maledicencia, sin pensar que pudieras olvidarme.

Y Marieta, suspendiendo su relacion, se llevó una mano á los ojos para enjugarse las lágrimas.

—Yo estaba orgullosa con tu amor; jamás por mi mente habia cruzado la idea de que otra mujer pudiera robarme tu cariño; pero un dia, ¡oh! fué el más triste, el más doloroso de mi vida; supe que te hallabas comprometido para casarte con Clotilde de Lostan, lloré mucho, pensé despedirte de mi casa; pero aquella noche viniste á verme y yo no tuve valor ni aun para reconvénirte. Sin el fatal acontecimiento que te ha postrado en el lecho del dolor, yo hubiera desaparecido de España al dia siguiente de tu casamiento, y no me hu-

bieras vuelto á ver más. Y hoy, sentada junto la cabecera de tu cama, hay momentos en que bendigo la mano que, causándote una herida, ha prolongado el día de tu matrimonio con una mujer que aborrezco sin conocerla.

Ernesto habia escuchado á Marieta sin interrumpirla, como escucha el melómamo la inspirada melodía de una sublime pieza musical.

Aquellas declaraciones de amor y de ternura le hacian mucho bien; tenian tambien para su alma una grata armonía.

—¡Ah! Marieta, Dios ha querido sin duda, para que conozca lo que vales,—dijo Ernesto,—que yo me batiera con Julio de Monforte, y que una bala, rasgando mi pecho, me detuviera en esta cama luchando entre la vida y la muerte.

La bailarina inclinó melancólicamente la cabeza sobre el pecho de Ernesto, y este depositó un desapasionado beso en los hermosos cabellos de su enfermera.

Como los médicos habian recomendado que el herido hablara poco, cuando quiso reanudar la conversacion despues de una ligera pausa, Marieta colocó dulcemente una de sus blancas manos sobre la boca de Ernesto para imponerle silencio.

El baron de Labra, dócil como un niño, obedeció aquella cariñosa indicacion de su querida, y guardó silencio.

Estas escenas se repetian con frecuencia. Los días pasaban, y Ernesto en la apariencia iba recobrando algunas fuerzas; pero ¡ay! su herida era grave, incurable.

ble, y poco importaba que fuera cicatrizándose por la parte exterior, si una enfermedad mortal iba minando su existencia, iba arraigándose en su pecho.

Marieta mientras tanto, infatigable, aunque don Joaquin habia mandado se le dispusiera una elegante habitacion al lado de la de su sobrino, le bastaban dos horas para reponerse y volvía á ocupar su puesto junto á la cabecera de Ernesto.

Tantos desvelos, tan tierno interés, tan solícitos afanes, acabaron por conquistar las simpatías de don Joaquin, que elogiaba con mucha frecuencia la conducta de Marieta.

Ventura observaba todos los progresos que sobre la voluntad del viejo millonario iba ejerciendo la bailarina, y frotándose las manos con satisfaccion, solía decirse en voz baja:

—¡Esto marcha, esto marcha!

## CAPÍTULO IV

### El pronóstico del doctor Mendez

Por fin llegó el día en que Ernesto abandonó la cama, siguiendo los consejos de los médicos.

El doctor Mendez, médico de cabecera de nuestro enfermo, viendo á don Joaquin muy alegre con la nueva de que su sobrino abandonara la cama, le miró con cierta compasion, y cogiéndole cariñosamente una mano, le dijo:

—Amigo mio, noto en usted una alegría que me entristece.

—Diablo, ¿no quiere usted que esté alegre cuando veo que mi sobrino va á abandonar el lecho y ha entrado de lleno en la convalecencia?

—Amigo don Joaquin, cuando un médico ve claramente y sin ningun género de duda el estado de su enfermo, por doloroso que sea, la verdad debe decirle.

—¿Cómo?

—Usted se regocija por que he mandado que Ernesto abandone su lecho.

—Hombre, eso siempre es una buena noticia.

—Para algunos enfermos; para otros, no señor.

—De modo que mi sobrino...

—Se encuentra hoy más grave que ayer, y mañana se encontrará más que hoy.

—¿Qué es lo que usted dice?—repuso sobresaltado don Joaquin.

—La verdad. Su sobrino de usted vivirá poco.

—¿Qué es lo que dice usted?

—Solamente aquello que me aconseja el deber. Pero como los médicos no debemos perder nunca las esperanzas, y la ciencia tiene grandes recursos; como Ernesto es joven, y todo debe esperarse de su robusta naturaleza, daré á usted los consejos que creo convenientes.

—Estoy absorto: la herida de Ernesto se ha cicatrizado perfectamente, ya no arroja esputos, y todo esto lo creía de buen augurio para tranquilizarme.

—Precisamente, señor don Joaquin, lo que á usted le tranquiliza es lo que á mí me sobresalta. Desde que cesaron los delirios, la violenta fiebre y los esputos de sangre; desde que la herida se cicatrizó; en una palabra, desde que noto que Ernesto tiene una calentura lenta, casi imperceptible, pertinaz, que comienza á la caída de la tarde y no le abandona en toda la noche; desde el momento en que no puedo combatir la tos y la expectoracion purulenta, sospecho que una esquirra,

como cuerpo extraño, está mortificando la parte del pulmon herido; y en este caso, amigo mio, triste es decirlo, la vida de Ernesto se irá consumiendo poco á poco á impulsos de una tisis.

—¡Ah! pero esta noticia que usted me da es terrible.

—Sí, amigo mio, muy terrible; pero yo no debo ocultar la verdad á una persona tan interesada como usted.

—Pero algo debemos hacer para combatir ese terrible mal.

—En primer lugar, comienzo por decirle á usted que este clima frio y desigual de Madrid es terriblemente fatal para los enfermos del pecho.

—Pues bien; lo llevaré á Italia si á usted le parece.

—No, no hay necesidad de ir tan lejos. Los españoles,—añadió el doctor sonriéndose,—tenemos la mala costumbre de creer que cuando uno está enfermo del pecho, el hermoso clima de Italia le restablece y cura, olvidando que tenemos muchas provincias tan saludables para esa penosa y terrible enfermedad como puede haberlas en el extranjero. Por ejemplo, yo creo que el clima de Alicante podrá serle útil á Ernesto llevando una vida ejemplar y un gran método. Pero como yo no quiero nunca que usted me tache de ignorante, vuelvo á repetir que su sobrino de usted se halla bastante grave.

—¿Y cree usted que Ernesto podrá resistir las fatigas de un viaje?

—Hoy los ricos viajan con bastante comodidad. Se

manda poner un coche-cama, y llegará perfectamente á Alicante.

—Entonces partiremos mañana.

—Sí, sí, conviene no perder el tiempo.

—¡Dios mio, Dios mio! ¿quién lo habia de decir?

—¡Ah! conviene que no olvide usted el sistema que siguen los ingleses que acuden á Alicante enfermos del pecho.

—¿Y qué sistema es ese?

—Comer á todo pasto las ricas uvas que da el país. Es un gran tónico para los pulmones.

—Ahora, amigo mio, yo he terminado ya mis ocupaciones en esta casa. Quiera Dios que bajo el hermoso sol de Alicante, y aspirando sus templadas brisas, encuentre el baron de Labra la salud que necesita.—

Aquella misma noche, don Joaquin, sentado junto á la chimenea de su despacho, mantenía el siguiente diálogo con Marieta, á quien habia mandado á llamar para participarle las disposiciones del médico.

—Hija mia, tengo que dar á usted una mala noticia.

La bailarina miró con sobresalto á don Joaquin, pero guardó silencio.

—Sí, una mala noticia. Ernesto está peor de lo que nosotros creemos.

—Pero si el médico se ha despedido, si lo ha dado de alta.

—Sí, sí; pero el señor Mendez, que es uno de los

mejores médicos de Madrid, si bien ha concluido sus funciones como facultativo junto al lecho de mi sobrino, pues nada puede hacer ya la ciencia, y el restablecimiento completo de Ernesto sólo puede esperarse de la naturaleza, me ha manifestado con toda claridad el estado de esa pícaro herida, que si bien exteriormente tiene todo el carácter de una completa curacion, ha dejado en su parte interna el soplo de la muerte.

—Pero, Dios mio, yo no puedo comprender lo que usted me dice.

—La sorpresa, el asombro de usted es natural. A mí me ha sucedido lo mismo. Pero dice el doctor Mendez, que teme que una esquirla, uno de esos pedazos de huesos pertenecientes á las costillas, está hiriendo fatalmente el pulmon lesionado.

—¿Y no hay remedio para eso?

—El doctor me ha aconsejado que abandone Ernesto este clima frio, seco, desigual, de Madrid.

—¿Y ha indicado el punto donde debe ir?

—A Alicante.

—Pues bien; llevémosle allí sin perdida de tiempo.

Y Marieta, como si estuviese arrepentida del arranque con que habia pronunciado sus palabras, repuso:

—¡Ah! yo no tengo ningun derecho para acompañarle.

Y cubriéndose el rostro con las manos, comenzó á llorar.

Don Joaquin, enternecido ante aquella exclamacion que parecia brotar del fondo del alma de la bailarina, la cogió cariñosamente una de las manos, y la dijo:

—¿Que no tiene usted derecho? ¿Quién podría impedir á usted que nos acompañase?

—La maledicencia, señor don Joaquin.

—¡Bah! ¿quién hace caso de la maledicencia en estos tiempos? Si usted quiere prestarnos el gran servicio y el gran favor de venir con nosotros, puede reirse de lo que diga la gente. Además, aquí nos hemos acostumbrado á mirarla á usted como de la familia, y tanto á Ernesto como á mí nos causaría un gran disgusto que usted, por ciertos escrúpulos de conciencia que á nadie importan, se separara de nosotros. Desde el momento en que el doctor Mendez me indicó el plan curativo de mi sobrino, yo conté con que usted nos acompañaría. No se hable, pues, más del asunto. Usted es la encargada de participar á Ernesto nuestro próximo viaje. Yo, mientras tanto, dispondré que parta en el primer tren de mañana Ventura, para que nos tome las dos mejores habitaciones en la fonda del *Vapor*, y luego que se traslade á la hermosa huerta de Alicante para alquilarnos ó comprarnos una de aquellas hermosas quintas rodeadas de flores y perfumes y embellecidas por el hermoso azul de aquel cielo, siempre radiante y bello. Sí, sí; el doctor Mendez tiene razon; el cielo de Alicante es tan hermoso ó más que el de Italia.

Y como Marieta continuara llorando, don Joaquin añadió, deseando poner término á aquella escena:

—Vamos, hija mia, vamos, enjague usted sus ojos; conviene que el pobrecito Ernesto no sepa la gravedad de su dolencia; y despues de todo, quién sabe, es preciso tener confianza en Dios. Si Alicante no le prueba,

recorreremos el mundo, si es preciso, para buscar un clima que le devuelva la salud.

—¡Ah! ¡cuánto debe amarle á usted Ernesto!

Y Marieta, arrodillándose á los piés de don Joaquin, le cogió una mano y la besó con ternura, añadiendo:

—Si Ernesto no amara á un hombre tan bueno como usted, seria el hombre más despreciable, más ingrato del mundo.

—Vamos, hija mia, vamos; basta de lágrimas. Yo sólo cumplo con mi deber, y confío que Ernesto cumplirá tambien con el suyo. Vaya usted á disponerle para la partida; pero, por Dios, que no sospeche la gravedad de su mal.

Y don Joaquin acompañó hasta la puerta á Marieta.

Cuando se quedó solo tiró del llamador de la campanilla.

Un criado se presentó á recibir órdenes.

—Diga usted á Ventura que necesito hablarle al momento.

Algunos minutos despues, Ventura entraba en el despacho de don Joaquin.

—Amigo Ventura,—le dijo,—nuestro pobre Ernesto se halla muy enfermo.

—Sí, ya lo sé,—contestó Ventura.

—El doctor Mendez me ha recomendado que salga inmediatamente de Madrid, aconsejándome que pase los tres meses rigurosos del invierno en Alicante, cuyo clima es muy favorable á las enfermedades del pecho. Por consiguiente, no quiero perder el tiempo. Nos-

tros partiremos dentro de dos ó tres dias; pero necesito que usted parta mañana en el primer tren para disponerlo todo.

—Estoy á las órdenes de usted, señor don Joaquin.

—Tan pronto como llegue usted á Alicante, tomará las dos mejores habitaciones de la fonda del *Vapor*, y luego, trasladándose á la Huerta, procurará comprar ó alquilar una casita de campo, lo más próxima posible al mar. Lleva usted amplias facultades para tenernos dispuesta una habitacion cómoda y agradable. Tengo confianza en que usted desempeñará perfectamente este encargo que le doy. Ahora, amigo mio, dispóngalo usted todo para partir mañana.

## CAPÍTULO V

**La primer mañana**

Ventura desempeñó la comision que le habia dado don Joaquin. Tuvo la fortuna de encontrar una preciosa casa de campo, situada á cuatrocientos metros del mar, y que tenia todas las comodidades apetecibles.

Construida aquella preciosa quinta por un inglés que habia recobrado la salud bajo el benigno clima de Alicante, Ventura pudo adquirirla por quince mil duros perfectamente amueblada.

Persuadido de que habia hecho una buena compra, esperó satisfecho de sí mismo la llegada de los señores.

Don Joaquin, Ernesto, Marieta, Zulma, dos criados y un ama de gobierno, llegaron á Alicante, trasladándose en un ómnibus á la casa de campo.

Como Ernesto llegaba algo fatigado del viaje, se instaló en una habitacion de la quinta destinada por

Ventura á su señorito. Esta habitacion tenia dos balcones que daban al mar, y allí, sentado en una butaca y extendiendo la vista por el vasto y hermoso horizonte que se presentaba ante sus ojos, exclamó llevándose una mano al pecho:

—¡Ah! ¡qué bien me siento aquí! Este tÍbio ambiente que penetra en mi pecho debe ser muy saludable. Creo que hemos hecho muy bien, querido tío, en abandonar á Madrid.

Ernesto pronunció estas palabras con voz débil, angustiosa; el terrible mal que minaba su pecho iba imprimiendo en su rostro pálido y demacrado fatídicas huellas.

Como Ernesto demostró deseos de descansar, don Joaquin y Marieta le dejaron solo, y acompañados de Ventura fueron á reconocer la casa.

Durante esta excursion la bailarina se apoyaba en el brazo del anciano millonario, que no cesaba de celebrar la compra hecha por Ventura. En aquel precioso nido no faltaba nada.

En el jardin habia una caprichosa y elegante pajarrera, llena de multitud de avecillas y rodeada por ocho azomos que perfumaban el ambiente.

Don Joaquin eligió una habitacion para él en el piso principal, destinando un elegante gabinete estucado de blanco con alcoba y cuarto tocador para Marieta, situado en el piso bajo y cerca de las habitaciones que iba á ocupar Ernesto.

Para que nada faltara, Marieta vió con cierta alegría un piano de Pleyer en el comedor.

OPERA TRUCCATA

# LAS FABULAS DE ESOPHO

T. DE BOTOLINI TRUCCATA TRUCCATA

TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA

1811

DE SAN JUAN DE LOS RIOS TRUCCATA TRUCCATA

TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA

TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA

TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA

# EL A MOR DE LOS PAISES

TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA

1811

ANTONIO DE TRUCCATA

TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA

TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA

# LA CAROLINA

(TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA)

TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA

TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA

TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA TRUCCATA

OBRA TERMINADA

# LAS FÁBULAS DE ESOPHO Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMÁN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICION ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS  
DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS

La opinion que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo sí diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

---

## EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

---

## LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.